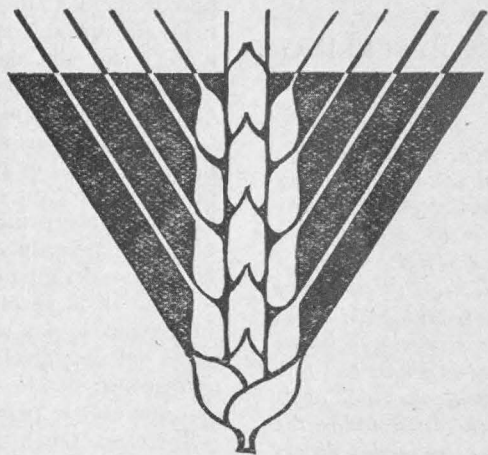


EL GRANO



EN LA ESPIGA

LA TRASCENDENCIA DE UNA TAREA

UNA de las cosas más fecundas del momento actual es la relativa a la actitud, observada y sostenida, de la Universidad Nacional, en sus empeños de vitalizar el saber, llevándolo, en su forma más simplificada y noble, a las esferas mismas de la vida del trabajador. Y digo que es una de las cosas más fecundas, precisamente porque de tales empeños, que representan en verdad el primer paso por la obtención de la intercomunicación de dos factores hasta ayer alejados entre sí en lo social, surgirán los puntos primeros, y sobre los que descansará toda subsecuente política de armonización del saber y la vida, indispensables para la fincación, en una forma más humana, de toda cultura que sea algo más que la enciclopedia de recetas y fórmulas, y, con ello, la mejor integración, en todos los órdenes, del pueblo de México.

El paso, pues, de la Universidad es trascendental. Pero, cabalmente, por la significación misma de su espíritu, representa, al igual, la atracción lograda hacia el cuerpo de la persona de su Institución, de muchas de las pasiones de los que hasta ayer medraban sobre la base de toda división entre la cultura y el pueblo. Esto, no obstante, es lo de menos. Como tema simplemente para la reflexión, el asunto recobra mayor categoría. Pues nunca se insistirá demasiado en lo indispensable de una campaña que mejorando por una parte al propio trabajador, beneficia por la otra a la misma cultura, es decir, a México en su sentido

Por VICENTE MAGDALENO

trascendental, que a partir de tales momentos hallará bases profundas para integrarse y realizar históricamente el espíritu del conglomerado.

El constante alejamiento, las seculares desigualdades y sus consecuencias más inmediatas: las múltiples convulsiones revolucionarias, hallan en una más racional armonización su finiquito. Sólo de una perfecta comprensión de nuestros problemas, de una más sana y profunda igualación en lo espiritual, podrá ser dado a México encontrar una solución. Y ésta siempre sería provisional, provinciana, actuando desde fuera. Tiene que llegar de dentro, y concretamente se traducirá en la confederación de todos los esfuerzos por la creación de una patria mejor, sostenida en cada caso por los afanes en lo individual de superación y triunfo de la persona en lo espiritual, nunca sobre la destrucción de la persona y el hundimiento en anonimatos sin responsabilidad.

La Universidad tiene, pues, conciencia plena del sentido de su labor, y sabedora de los beneficios que a sí misma se reporta, lleva la cultura y saber a los sectores laborantes del país, con lo que define bastante su actitud vital, encajada en las necesidades mismas de su pueblo, al que insinúa y alienta a la búsqueda y hallazgo de sí propio, en bien todo ello de la mejor encaminación del país a su perfecto desenvolvimiento.

La Rebelión de las Fuerzas Telúricas

Por el Conde HERMANN KEYSERLING

Entre los pensadores contemporáneos, que con miras a ensanchar el área de su visión, movilizan su propia persona en el disfrute del conocimiento de nuevas regiones y puntos de vista, se encuentra el CONDE HERMANN KEYSERLING. Recientemente de visita en América, en la parte del Sur, Keyserling produjo sus interesantes "Meditaciones", de las cuales todos sus posteriores libros parecen ser ampliaciones. Empeñado hoy por hoy en descubrir las secretas intervenciones del espíritu, cuya irrupción da significación a todos los procesos, el filósofo se inclina a estudiar las diversas fases del momento actual y hace derivar, de acuerdo con tal realidad, toda aportación espiritual verdaderamente valiosa, del hombre. Ofrecemos estas páginas suyas.

La era de las masas no es en realidad otra cosa que la era de los caudillos; las masas no obran nunca por impulso propio. Cuanto mayor es el número de personas que intervienen, mayor importancia adquieren la organización y la disciplina. Pero, a su vez, la organización y la disciplina presuponen, para resultar eficaces, un caudillo que las imponga y las mantenga. Como consecuencia, a medida que crece el número en las masas, aumenta también la rigidez de la disciplina indispensable, y aumenta a la par el poderío de los individuos que hacen de portavoz y de cabeza.

Estos caudillos constituyen una ínfima minoría, la más reducida que jamás haya gobernado a millones de hombres; pero a la vez tampoco minoría alguna ha ejercido jamás mayor influjo. Históricamente hablando, su acción es la única que hoy día se toma en cuenta. Por mucho que se exalte la omnipotencia de las eminentes personalidades, lo cierto es que las personalidades eminentes nunca han ejercido influjo, a no ser que los demás se sometieran a él. Sólo después de haberse entregado a merced de su influjo, éste se convierte casi siempre en influjo ilimitado; mientras la decisión inicial en favor de uno u otro caudillo depende siempre de los "demás". Así se comprende fácilmente el por qué cada época tiene los caudillos que se merece. Y ahora, ¿cuál es el caudillo-tipo de nuestra era? Y no se nos diga que el caudillo carece de inteligencia, por el hecho de que raras veces caen en sus redes los espíritus independientes; ni se nos diga tampoco que, en consecuencia, la inteligencia nada significa en nuestros días; lo más corriente, por el contrario, es que el caudillo moderno sea soberanamente inteligente. Lo cierto es que hoy día la inteligencia desempeña un papel mucho más amplio que en los últimos lustros de ante-guerra; entonces bastaba con frecuencia ser un fatuo distinguido, para creerse con derecho a aspirar a los puestos de más grave responsabilidad.

La verdad hoy es muy distinta: únicamente la inteligencia de cierta especie puede desempeñar un papel: *la del caudillo y no la del guía espiritual.*

Ese es, a mi ver, el punto decisivo para los que, entre nosotros, representan el Espíritu, en el sentido tradicional de la palabra. El guía espiritual tiene que apelar a la iniciativa espiritual de los demás, y sin ella nada consigue. Descartada esta iniciativa espiritual del individuo, no existe verdadera fe religiosa, ni comprensión, ni discernimiento, ni juicio. Y es porque el núcleo de la personalidad espiritual es libre por esencia; nadie lo puede constreñir, sin contar con su asentimiento interno. De ese principio arranca el concepto de la última responsabilidad de la persona humana. A la inversa del guía espiritual, el caudillo, el domador, no apela absolutamente a ese núcleo autónomo; recurre, por el contrario, a las capas periféricas del ser; él obra por sugestión, y por tanto, obra constreñiendo al objeto a rendirle obediencia, sin que éste se percate siquiera de la coerción que sobre él se ejerce. Esto supuesto, ya podemos plantear, y hasta resolver, en primera instancia, la cuestión de saber por qué la humanidad actual, en su mayoría—mayoría que va siempre en aumento, pues toda la juventud converge hacia el tipo humano cuyo primer modelo es el ruso o el americano—ya no admite como guía sino al sugestionador que afirma y no razona; y es que *la humanidad se ha trocado en esencialmente pasiva.*

Y aquí se nos ofrece un problema: ¿de dónde procede esta pasividad, tan opuesta a lo que el concepto de progreso continuo nos daba a esperar? ¿es acaso un indicio de decadencia, de degeneración? No falta quien así lo crea. No cabe duda que asistimos, no sólo en ciertos países, sino en todos los países, por lo que a la juventud se refiere, a una especie de desapego por los valores culturales, como no lo habíamos presenciado desde los estertores de la Antigüedad. Pero este mismo paralelo debiera tenernos advertidos contra un juicio prematuro. Si la cultura de la humanidad occidental pudo sobrevivir a la decadencia del imperio romano, se debió precisamente a la invasión de los bárbaros, con su vitalidad intacta y su moral primitiva, pero maravillosamente templada. Pues bien, basta dar una mirada imparcial alrededor nuestro para medir, si no la falsedad, al menos la insuficiencia de esta respuesta al problema de nuestro tiempo, que no atina a ver en la barbarización sino una simple decadencia; en efecto, *nunca como ahora la vitalidad de los jóvenes ha estado tan lozana.* De largos siglos a esta parte, nunca se había visto tanto empuje, tanto entusiasmo, tanto optimismo, tanto regocijo como en Rusia, en Alemania, en Turquía, en Italia; en una palabra, en todos los países en que la juventud desempeña un papel de importancia. Pocas personas son las que se dan cuenta, en torno suyo, de aquello que no han comprobado desde su más tierna infancia. Así se explica cómo sólo las personas que han pasado su niñez rodeadas de obras maestras de arte, dan pruebas, sin estar dotadas de cualidades especiales, de una comprensión artística que en ellos parece innata; así se explica también el por qué todo niño en el día parece haber nacido técnico o chofer; así se explica cómo

los chinos, a despecho de todos los progresos de la industrialización, no alcanzan aún a comprender realmente los valores elementales de la civilización técnica, porque ellos siguen aferrados a las nociones heredadas de su antigüedad artística, cuyos valores son diametralmente opuestos a los que determinan la era mecánica. Ahora bien, la mayoría de los jóvenes de todos los pueblos de la tierra, en estos tiempos de crisis, no han tenido oportunidad de *apreciar* la importancia de los valores culturales; sólo saben apreciar una cosa, y es que toda la exaltación de esos valores no ha logrado preservar a sus mayores de la bancarrota en todos los dominios que más les interesan. Cuando allá en 1925, daba yo en Roma unas conferencias sobre la antigua espiritualidad oriental y occidental, de cuyo resurgimiento esperaba y sigo esperando la salvación, los jóvenes no hacían más que encogerse de hombros, diciendo: *Ci vuol altro!* Como resultado de las medidas adoptadas por el gobierno soviético que, desde 1918, con una pertinacia verdaderamente diabólica, ha colocado a los niños en un ambiente absolutamente nuevo y lejos del contacto con toda tradición, varias generaciones humanas *no atinan realmente* a comprender para qué pueda servir la religión. A esto añádase que—como dejamos dicho en el capítulo del *Mundo que nace*, titulado “el verdadero problema del progreso”—, las ideas sólo se transforman en fuerzas históricas en la misma proporción en que ellas son representativas de un estado concreto. La definición de Alberto Thibaudet: “la política son las ideas”, sólo tiene alcance para esta Francia post-revolucionaria que ha venido organizándose en grupos de “sociedades de pensamiento”, o sea, para un país particular que, durante cierto tiempo, ha tomado más interés por las ideas abstractas que por otra cosa. Para las nuevas juventudes del mundo entero, el tenor propio de las ideas abstractas que ellas emplean son sencillamente los signos representativos de su estado concreto. La mayoría de los jóvenes alemanes se llaman socialistas porque todos sus recuerdos les hablan, unos de sufrimientos soportados en común, y otros, del alivio y del regocijo que dimanaban de la exaltación colectiva. Para millones de hombres, la libertad no es en realidad más que “una prevención burguesa”, según el decir de Lenin; pues esta palabra sólo despierta en ellos el recuerdo de los caprichos, sin freno alguno, de sus explotadores. Asimismo, la palabra “individualismo” sólo les evoca la falta de escrúpulos de los que los han esquilado.

Por más que estos fenómenos sean muy a propósito para desazonar a los intelectuales, a la vista están y son innegables. Por otra parte, la historia ha presenciado ya bastantes decadencias y desmoronamientos de civilizaciones, sin que por eso la humanidad haya dejado de seguir su marcha ascendente. Y cada vez que generaciones llenas de vitalidad, de empuje y, por tanto, superiores—fuera el que fuese el nivel inicial de su cultura—a los representantes de las civilizaciones derrumbadas, han llegado a escalar las cumbres de la historia ha surgido siempre una nueva aurora. A este propósito, quizás no haya un ejemplo más instructivo y alentador que la conquista de la Persia por los árabes. Los conquistadores eran bár-

baros rematados, más bolcheviques que los mismos cuyo nombre me sirve ahora de parangón; no conozco en la historia humana fechoría semejante a la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, incendiada con el pretexto de que la sabiduría antigua era cosa inútil. Sin embargo, transcurridas apenas unas docenas de años, la Persia presenció un resurgimiento inaudito. Desaparecieron todos los síntomas de decadencia; sobrevino un imponente refloramiento de la poesía y de la mística profundamente persas, aunque bajo un barniz árabe.

Si recalco un tanto este punto, es porque un buen número de intelectuales, que maldicen de los acontecimientos de nuestro tiempo, dan muestras de no conocer a fondo la historia y de juzgar con sobrado exclusivismo, y sólo por el lado de la clase particular a que pertenecen. No es posible, en esta época de las masas, dar con la medida ajustada de las cosas, tomando como punto de partida la suerte de las minorías, que no constituyen la representación del movimiento general. Resulta siempre errado aplicar a las épocas revolucionarias las normas de los períodos de calma. No es acertado hablar de decadencia general, cuando lo que estamos observando entre tantos jóvenes de todos los países del mundo que, sin lugar a discusión, han dado el tono en estos últimos veinte años, tiene precisamente todos los visos contrarios a una decadencia.

Salta a la vista que, a despecho de la terrible depresión económica, el alma de la juventud moderna no ha sufrido desmayos. Y ésta es la razón cabal de por qué estas generaciones pueden ser revolucionarias; ahí está la historia para convencernos de que jamás una revolución, destinada a resultados duraderos, se ha producido en épocas de depresión moral. Los más famosos levantamientos de los campesinos se verificaron por regla general en épocas de relativa prosperidad material. Y es que los miserables carecen de energía; y esa es también la razón por la cual el régimen soviético no tropieza con adversarios de peso. Siendo esto así, no nos asiste el derecho, a mi entender, de juzgar el momento actual por lo que tiene de negativo en cuanto al espíritu; *valdría más tomar como punto de mira lo que nos ofrece por el lado positivo de su Vitalidad*; y entonces, llegaríamos a este resultado, por más raro que a primera vista parezca, para conocer la pasividad espiritual de nuestros contemporáneos: *la pasividad espiritual proviene de una rebelión de las fuerzas no-espirituales, de las fuerzas telúricas.*

G l o s a s

P o r E U G E N I O D ' O R S

JOSE VASCONCELOS.—Una emoción de fraternidad muy profunda me sacude ahora, en presencia de José Vasconcelos. He aquí uno, siquiera, que no hacía trampas. Jugó y perdió. Pero su puesta en el juego no era una ficha conven-

cional, sino de veras, la propia vida; y cuando cortó la baraja fue a filo y altura de su destino.

Perdió. De su magnífica campaña por las luces, pronto, en México, no quedará sino la memoria. Sus bibliotecas se han deshecho. La Colección de grandes obras de literatura universal, que regalaba al pueblo, se ha agotado. No hay ya consignación oficial para *El Maestro*, su orden del día, a la tropa de los educadores. El problema de la elevación del indio a la cultura no ha dado, desde su salida del ministerio, ni un paso más... ¡Ah, pero en cada uno de estos vacíos ha quedado, inconfundible, el sello de una parte de su figura; y en el ensamble de ellos, la figura entera: al modo de aquellos troqueles, donde, en las fundiciones, se enfría el metal hirviente de las estatuas! Que la huella de un hombre, en un país puede medirse de dos maneras: o por el bulto de lo que aquél ha dejado o por el hueco de lo que sin él se ha perdido.

¡Anda, navega por las rutas de Europa, y de la incertidumbre, creador en América, tan seguro ayer...! Pero que esta incertidumbre sobre el futuro no manche, en tu propia conciencia, el precio de tu pasado. No te quejes de nada, no te arrepientas de nada, no reniegues de nada. En verdad te digo, Vasconcelos, que tú hubiste la mejor parte. Y que este pobre gazpacho que hoy aliñamos juntos en nuestra mesa de jornaleros no fuera tan sabroso de no tener, para sazónarlo, con las sales de la amistad y los aceites de la filosofía, aquellas esencias cuya acidez has conocido, los vinagres de la ingratitud.

¿Qué es la Dignidad?

Por ILYA EREMBURG

No obstante la mala fe del libro "España, República de Trabajadores", del judío ruso ILYA EREMBURG, y cuyas páginas actualmente son refutadas por ambos lados, en la forma más categórica, por la valentía y espíritu de sacrificio de la nación española, publicamos el presente capítulo por parecernos una de las cosas más afirmativas de la obra. Intenta Eremburg valorar un pueblo cuya aparente inactividad le hacía pensar como a tantos otros de su especie, en un caso de consunción. Para esto se vale de un análisis "en abstracto" de las diversas revoluciones que dieron al traste con la monarquía; pero se le olvidó al ruso (?) comparar la vida total de lo español con la de otros pueblos, con la de su pueblo, por ejemplo; examen de donde hubiera salido una poca más de verdad y humanidad en los juicios. Claro está que al exigirle así el espíritu más recto, Eremburg, saliéndose con la suya, alegraría su

falta de arraigo y pertenencia a una tierra, esgrimiendo su calidad de judío—punto estratégico desde el cual puede lesionar cuanto tiene a su alcance.

La terraza de un gran café en la Gran Vía de Madrid. La una de la madrugada. Han terminado los espectáculos. El público empieza a reunirse; es el público que se llama "distinguido": comerciantes, abogados, periodistas, señoritos. Alrededor de las méstitas, revolotean los vendedores de periódicos, los limpiabotas, los mendigos. Solícitos, buscan el sustento. Una mujerona, morena, vende billetes de lotería. "¡Mañana se sortea!" Otra mujer le trae un niño de pecho. La vendedora de lotería coge tranquilamente una silla, se desabrocha la blusa y se pone a amamantar al niño. Es una mendiga. En las mesas se ven caballeros elegantes. Los camareros de los cafés de París se hubieran echado sobre la mendiga, como una jauría furiosa. En Berlín, su comportamiento parecería tan inaudito, que la someterían a un psiquiatra. Pero, ¿aquí? Aquí la cosa parece lo más natural del mundo. Después de dar el pecho a su hijo, la mendiga vuelve a su trabajo: "¡Mañana se sortea!"

No hay que creer que este sentido democrático de la vida española haya nacido de la burguesía. No, nada de eso; ha nacido a pesar de ella. El burgués español adora la jerarquía, ni más ni menos que sus hermanos extranjeros de clase. Sabe perfectamente que un duro vale cinco veces tanto como una peseta, y su religión está estrechamente enlazada a las matemáticas elementales. El burgués español querría, muy de buen grado, trazar una línea divisoria entre sí mismo y el pueblo, pero no puede. Tampoco puede hacerlo el Estado. Una red sutilísima de leyes antiguas, una tupida telaraña de preceptos: todo está combinado para engañar al campesino analfabeto, pero el llamado "pueblo", esclavizado pero no humillado, impide que se trace esa raya divisoria.

Un señor, abogado del Estado, tramposo en el juego por herencia, va hoy de Segovia a Madrid. El maletero le lleva el equipaje, un equipaje adornado con escudos sospechosos. Ayer, este señor le sacó el dinero a un primo. Hoy, le da una peseta al maletero. El maletero, en lugar de mascullear las gracias, sonríe y extiende la mano: "¡Feliz viaje!" Al abogado no le queda más remedio que aceptar el saludo. En Madrid, un mendigo se acerca al señor Sánchez. El señor Sánchez gesticula: "No llevo suelto". El mendigo se toca cortésmente su sombrero roto: "¡Dispense que le haya molestado!" Sánchez se pone a leer *El Sol* en el parque municipal. A su lado, un obrero masca un chorizo: Sánchez tuerce el gesto. ¡Vaya una vecindad! Entonces, el obrero le ofrece cortésmente: "¿Usted gusta?" En sus adentros, el señor Sánchez no aprueba de ninguna manera aquella familiaridad, pero nació y creció en España. Por lo tanto, puede reconciliarse con ella. Nadie está dispuesto a humillarse ante él. Podrán pedirle una perra. En ocasiones, llegarán incluso a asesinarle, pero arrastrarse a su pies, eso, nunca. Aquí, la pobreza no ha

llegado todavía a ser un deshonor. El burgués francés supo inculcar su moral a sus enemigos más irreconciliables. El pobre en Francia se avergüenza de los agujeros de sus pantalones, del brillo hambriento de sus ojos, de pernoctar en un banco de los bulevares. En España el pobre rebosa dignidad. Tiene hambre, pero es orgulloso. El fue quien obligó al burgués español a respetar sus andrajos.

Tengo la pluma áspera y muy mal carácter. Estoy acostumbrado a escribir de todos esos fantasmas, tan viles como miserables, que gobiernan nuestro mundo. De los Kreigers imaginarios y los Olsons vivos. Conozco bien la pobreza humillada y envidiosa. En cambio, no encuentro palabras para cantar como se merece la pobreza noble de España, la de los campesinos de Sanabria, la de los jornaleros de Córdoba y Jerez, la de los obreros de San Fernando y de Sagunto, la de los desamparados que en el Sur cantan canciones lastimeras, la de los pobres que en Cataluña bailan las gentiles sardanas, la de los que, desarmados, hacen frente a la Guardia Civil, la de los que se hacinan ahora en las cárceles republicanas, la de los que luchan y sonríen, la del pueblo, en fin, pueblo severo, valiente, cariñoso. España no es Carmen, ni son los toreros, ni es Alfonso, ni Cambó, ni la diplomacia de Lerroux, ni las novelas de Blasco Ibáñez, ni todo lo que el país exporta al extranjero junto, revuelto con los chulos argentinos y el "málaga" de Perpiñán. No, España son veinte millones de Quijotes andrajosos y un montón de rocas estériles, aleado todo con una amarga injusticia. España es las canciones tristes como el murmullo del olivo seco, el zumbido de los huelguistas entre los cuales no hay un solo esquiro. España es la bondad innata, el amor al prójimo, la caridad. España es un gran país que supo conservar el ardor juvenil a pesar de todos los esfuerzos que hicieron para apagarlos los inquisidores, los parásitos, los Borbones, los caballeros de industria, los pasteleros, los ingleses, los matones, los mercenarios y los chulos blasonados...

Los campesinos y obreros españoles son psicológicamente mucho más delicados que los más finos moradores de las capitales europeas. La exhibición humana, esta baja obligación de nuestra vida contemporánea, les repugna. No miran, no disputan; acuden en auxilio del necesitado llanamente, como por casualidad. En España no existe el subsidio del Estado para los obreros sin trabajo. El Ministro del Trabajo, socialista, está demasiado ocupado con estadísticas y proyectos. Mientras tanto, el número de los parados va en aumento. ¿De qué viven los obreros que no trabajan? Viven gracias a la ayuda de sus compañeros, que de su mísero jornal ceden siempre un poco para los que aun son más desgraciados que ellos. En Barcelona, los pisos son espaciosos y los salarios muy bajos. Por eso viven varias familias en cada piso. Los que trabajan reparten con los parados. En las aldeas de Extremadura, el jornalero da la mitad de su pan al compañero sin trabajo. Y esto se hace callando, sin que nadie se entere. En Madrid los señoritos se preguntan asombrados: "¿Cómo no se han

muerto ya de hambre los sin trabajo?" Para sacar a un burgués de Berlín cinco marcos para la sopa de los pobres hay que mentarle la Biblia y a Brüning, hay que halagarle: "Tiene usted un corazón noble", hay que prometerle: "Contaremos en el periódico su rasgo generoso", hay que echar mano de la filosofía: "Si no tienen ni una mala sopa, empezarán a asaltar las tiendas..." Lo extraño es que un tipo de esta clase y un campesino de la aldea de Olivens que mantiene a la familia de un compañero sin trabajo, ocultando su sacrificio incluso a los vecinos, puedan designarse con la misma palabra arcaica: "hombre".

"Un duro". Esta palabra hace latir violentamente los corazones de todos los funcionarios de Madrid, de todos los viajantes de Barcelona; pero los aldeanos y los obreros españoles son indiferentes al dinero. Las grandes carreteras no acaban aquí con la hospitalidad. El campesino francés jamás deja entrar en su casa a un forastero. Si le ofrece un vaso de vino, ya es una taberna, y por lo tanto exigirá lo que ese vaso de vino valga en la ciudad más próxima. Si obsequia con queso, es que ha leído en la gacetilla local que ese queso es la especialidad de la región y muy rebuscado por los parisienses. El turista puede entrar en cualquier cabaña desde Galicia hasta Almería; en todas le recibirán con una sonrisa acogedora. Le darán cuanto tengan; pan, hortalizas, fruta. Si ofrece dinero, producirá confusión, a veces ofensa. Quisimos pagar unas manzanas a un habitante de Sanabria. Para él una peseta es una suma considerable. No tiene con qué comprar ni sal ni aceite. Pero miró nuestra moneda y se indignó. El sonido de la plata no ahoga todavía en sus oídos la voz humana. Otro aldeano, cerca de Murcia, nos trajo al auto un puñado de naranjas. No era un aldeano rico; era un pobre viejo que poseía unos cuantos árboles y trabajaba para su vecino por tres pesetas diarias. Sin embargo, rehusó el dinero sencilla y majestuosamente. Una mendiga en Granada me ofreció un pedazo de morcilla de cebolla. En Algeciras un limpiabotas me regaló un cigarrillo. Un golfillo desarrapado de Madrid me obsequió con un caramelo y una sonrisa. Toda esta gente sabe que una sonrisa es más importante para el hombre que una peseta.

Los holgazanes de Madrid, sentados en sus cafés, se lamentan del amargo sino de España. Os dirán que el país parece porque los campesinos y obreros no quieren trabajar... ¡La maldita pereza heredada a través de siglos! No hay necesidad de molestarse en desmentirlo. El mismo Madrid lo desmiente, lo desmienten la misma vida de los holgazanes, sus cafés, sus bancos, sus palacios. ¿Con qué ha sido creado todo eso? ¿Con qué, sino con la tenacidad de los campesinos, que arrancan pan de las peñas, sin abonos, sin máquinas? ¿Con qué sino con el arte de los obreros, que en fábricas arcaicas, entre ingenieros analfabetos y gerentes ladrones, se esfuerzan en fabricar artículos para la exportación?

Es inexplicable cómo puede trabajar un jornalero de Extremadura sin más alimento que el que los médicos prescriben a los gordos ricos co-

mo "régimen de hambre", pero prohibiéndoles todo movimiento y todo esfuerzo.

Los trabajadores trabajan activamente, pero sin la nerviosidad americana. Hasta en el trabajo conservan su dignidad. Ford instaló en Barcelona unos talleres de montaje, con su famosa "cadena sin fin"; pero los obreros no quisieron trabajar con Ford. Un obrero calificado de Barcelona cobra siete u ocho pesetas diarias. Ford paga quince, pero en su fábrica no hay ningún obrero del Sindicato profesional. Sólo hay parias reclutados en el "barrio chino". Los obreros españoles aman su oficio. Son excelentes torneros, zapateros, ebanistas. En el trabajo buscan la creación. Unas pesetas más o menos no les seducen tanto como la libertad.

El derecho al descanso se considera aquí tan necesario y natural como el derecho al aire que se respira. He aquí a un zapatero: ha trabajado varias horas; ahora está sentado en su puerta y escucha... Escucha cómo canta una muchacha cargada con un cántaro, escucha el rebuznar del burro, escucha el alboroto de los chiquillos. Llega un cliente. Hay que poner medias suelas. El zapatero pregunta a su mujer: "¿Tenemos comida para hoy?" Al enterarse de que tienen pan y habas, el zapatero envía al cliente a otro zapatero que está descansando. Un mozo de equipajes de Sevilla, después de llevar un baúl, recibió su propina. "Si lleva usted otro, le daré más". El maletero se niega. Para hoy, ya tiene bastante. Que gane ahora su compañero. Para míster Ford, estos hombres, si no son locos, son unos criminales. No quieren trabajar porque son imbéciles. No entienden que el secreto de la vida está en el ahorro. No se preocupan del día de mañana. Entre los obreros españoles, estos tipos son corrientes. No son perezosos; tampoco son arribistas. Son gente que sabe vivir incluso pasando hambre. Los jornaleros de Andalucía contratan meticulosamente su derecho al tabaco. No quiere decir, claro está, que los obreros de Andalucía fumen puros. No tienen ni para cigarrillos. Se trata sencillamente de quince minutos de descanso, lo que se tarda en echar y fumar un cigarro. Es el derecho, no sólo a trabajar para la prosperidad del señor conde o del señor marqués, sino de tenderse sobre el suelo varias veces al día, mirar a lo lejos o simplemente respirar...

El valor, esta virtud histórica del pueblo español, sólo se conserva entre los obreros y campesinos. A la primera señal de peligro, el rey huyó al extranjero. Los generales, héroes de la guerra marroquí, mueren viejos en los lechos caseros. Los patriotas de Cataluña juran que están dispuestos a morir por la patria, pero lo que en realidad hacen es ganar dinero negociando con Madrid. Antes negociaban con Primo de Rivera; ahora negocian con la República. Los periodistas organizan en los cafés conspiraciones inofensivas, pero ponen a salvo la pelleja, asegurándose con buenas relaciones. Sólo los obreros y los campesinos saben morir. Los fusilaba la Guardia Civil del Rey. Los sigue fusilando la Guardia Civil de la República. Pero ellos saben avanzar contra los fusiles alzando las manos inermes.

Madrid. Septiembre. Una manifestación. Un comunista pronuncia un discurso subido en el zócalo de una casa. Es un obrero. Le escuchan los vecinos del barrio de Cuatro Caminos, obreros y artesanos. Suenan disparos... El orador continúa hablando. La muchedumbre continúa escuchando...

Apenas pasa día sin que los periódicos comuniquen: "En Gijón los obreros se negaron a dispersarse. Un muerto, dos heridos. En la provincia de Granada, una colisión entre la Guardia Civil y los campesinos: tres muertos. En Sevilla, dos... En Bilbao, cuatro... En Badajoz, uno..."

Disparan. El obrero sigue hablando. Los demás siguen escuchando. Una vieja canción española canta el valor. Pero eso era antaño, cuando la temeridad loada por los trovadores no se reducía todavía a los torneos celebrados en honor de esta o aquella dama o en homenaje al rey. La vieja canción española dice: "Mi ornato son mis armas, mi descanso es la pelea, mi lecho las piedras, mi sueño siempre el velar..." Esta canción tienen derecho a cantarla hoy no los salteadores de la guerra de Marruecos, ni los héroes de la República que negociaron con Alfonso su viaje de Madrid a París; tienen derecho a cantarla los campesinos y obreros, los sindicalistas y los comunistas. Verdad es que éstos no tienen aún armas con qué "adornarse". En cambio, hace tiempo que su lecho son las piedras duras, y amando el descanso demuestran ahora que su "descanso" puede resultar muy peligroso para el sueño mullido de la República.

La Rebelión de las Masas

Por JOSE ORTEGA Y GASSET

JOSE ORTEGA Y GASSET representa en España el propósito de incorporar la cultura castiza a las normas de la cultura moderna europea. Con don Miguel de Unamuno, Ortega es la más ilustre figura filosófica de España. Ensayista elegante y hondo, no por ello ha perdido sus excelentes posibilidades en el fragmentarismo. Su libro "La Rebelión de las Masas", de donde tomamos el fragmento siguiente, es una producción de maciza y sobria arquitectura, cuyo interés sobre los problemas del hombre de hoy y de siempre, hacen de este trabajo del gran escritor castellano un libro clásico.

Quedamos en que ha acontecido algo sobremanera paradójico, pero que en verdad era naturalísimo: de puro mostrarse abiertos mundo y vida al hombre mediocre, se le ha cerrado a éste el alma. Pues bien: yo sostengo que en esa obliteración de las almas medias consiste la rebeldía de las masas en que, a su vez, consiste el gigantesco problema planteado hoy a la humanidad.

Ya sé que muchos de los que me leen no piensan lo mismo que yo. También esto es naturalísimo y confirma el teorema.

Pues aunque resulte en definitiva errónea mi opinión, siempre quedaría el hecho de que muchos de esos lectores discrepantes no han pensado cinco minutos sobre tan compleja materia. ¿Cómo van a pensar lo mismo que yo? Pero al creerse con derecho a tener una opinión sobre el asunto sin previo esfuerzo para forjársela, manifiestan su ejemplar pertenencia al modo absurdo de ser hombre que he llamado "masa" rebelde. Eso es precisamente tener obliterada, hermética, el alma. En este caso se trataría de hermetismo intelectual. La persona se encuentra con un repertorio de ideas dentro de sí. Decide contentarse con ellas y considerarse intelectualmente completa. Al no echar de menos nada fuera de sí, se instala definitivamente en aquel repertorio. He aquí el mecanismo de la obliteración.

El hombre-masa se siente perfecto. Un hombre de selección, para sentirse perfecto, necesita ser especialmente vanidoso, y la creencia en su perfección no está constancialmente unida a él, no es ingenua, sino que le llega de su vanidad, y aun para él mismo tiene un carácter ficticio, imaginario y problemático. Por eso el vanidoso necesita de los demás, busca en ellos la confirmación de la idea que quiere tener de sí mismo. De suerte que ni aun en este caso morbosos, ni aun "cegado" por la vanidad, consigue el hombre noble sentirse de verdad completo. En cambio, al hombre mediocre de nuestros días, al nuevo Adán, no se le ocurre dudar de su propia plenitud. Su confianza en sí es, como la de Adán, paradisiaca. El hermetismo nato de su alma le impide lo que sería condición previa para descubrir su insuficiencia: compararse con otros seres. Compararse sería salir un rato de sí mismo y trasladarse al prójimo. Pero el alma mediocre es incapaz de transmigraciones—deporte supremo.

Nos encontramos, pues, con la misma diferencia que eternamente existe entre el tonto y el perspicaz. Este se sorprende a sí mismo siempre a dos dedos de ser tonto; por ello hace un esfuerzo para escapar a la inminente tontería, y en ese esfuerzo consiste la inteligencia. El tonto en cambio, no se sospecha a sí mismo: se parece discretísimo, y de ahí la envidiable tranquilidad con que necio se asienta e instala en su propia torpeza. Como esos insectos que no hay manera de extraer fuera del orificio en que habitan, no hay modo de desalojar al tonto de su tontería, llevarle de paseo un rato más allá de su ceguera y obligarle a que contraste su torpe visión habitual con otros modos de ver más sutiles. El tonto es vitalicio y sin poros. Por eso decía Aantole France que un necio es mucho más funesto que un malvado. Porque el malvado descansa algunas veces; el necio jamás. (1)

(1) Muchas veces me he planteado la siguiente cuestión: es indudable que desde siempre ha tenido que ser para muchos hombres uno de los tormentos más angustiosos de su vida el contacto, el choque con la tontería de los prójimos. ¿Cómo es posible, sin embargo, que no se haya intentado nunca—me parece—un estudio sobre ella, un ensayo sobre la tontería? Porque las páginas de Erasmo no responden a este tema.

No se trata de que el hombre-masa sea tonto. Por el contrario, el actual es más listo, tiene más capacidad intelectual que el de ninguna otra época. Pero esa capacidad no le sirve de nada; en rigor, la vaga sensación de poseerla le sirve sólo para cerrarse más en sí y no usarla. De una vez para siempre consagra el surtido de tópicos, prejuicios, cabos de ideas o simplemente vocablos hueros que el azar ha amontonado en su interior, y con una audacia, que sólo por la ingenuidad se explica, los impondrá dondequiera. Esto es lo que en el primer capítulo enunciaba yo como característico de nuestra época: no que el vulgar crea que es sobresaliente y no vulgar, sino que el vulgar proclame e imponga el derecho de la vulgaridad, o la vulgaridad como un derecho.

El imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual, es acaso el factor de la presente situación más nuevo, menos asimilable a nada del pretérito. Por lo menos en la historia europea hasta la fecha, nunca el vulgo había creído tener "ideas" sobre las cosas. Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios, hábitos mentales, pero no se imaginaba en posesión de opiniones teóricas sobre lo que las cosas son o deben ser—por ejemplo, sobre política o sobre literatura—. Le parecía bien o mal lo que el político proyectaba y hacía; aportaba o retiraba su adhesión, pero su actitud se reducía a repercutir, positiva o negativamente, la acción creadora de otros. Nunca se le ocurrió oponer a las "ideas" del político otras suyas; ni siquiera juzgar las "ideas" del político desde el tribunal de otras "ideas" que creía poseer. Lo mismo en arte y en los demás órdenes de la vida pública. Una innata conciencia de su limitación, de no estar calificado para teorizar, (2) se lo vedaba completamente. La consecuencia automática de esto era que el vulgo no pensaba, ni de lejos, decidir en casi ninguna de las actividades públicas, que en su mayor parte son de índole teórica.

Hoy, en cambio, el hombre medio tiene las "ideas" más taxativas sobre cuanto acontece y debe acontecer en el universo. Por eso ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír, si ya tiene dentro cuanto hace falta? Ya no es razón de escuchar, sino, al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus "opiniones."

¿Pero no es esto una ventaja? No representa un progreso enorme que las masas tengan "ideas", es decir, que sean cultas? En manera alguna. Las "ideas" de este hombre medio no son auténticamente ideas, ni su posesión es cultura. La idea es un jaque a la verdad. Quien quiera tener ideas, necesita antes disponerse a querer la verdad y aceptar las reglas de juego que ella imponga. No vale hablar de ideas u opiniones donde no se admite una instancia que las regula, una serie de normas a que en la discusión cabe apelar. Estas normas son los principios de la cultura. No me importa cuáles. Lo que digo es que no hay cultura donde no hay normas a que nuestros prójimos

(2) No se pretenda escamotear la cuestión: todo opinar es teorizar.

mos puedan recurrir. No hay cultura donde no hay principios de legalidad civil a que apelar. No hay cultura donde no hay acatamiento de ciertas últimas posiciones intelectuales a que referirse en la disputa. (3) No hay cultura cuando no preside a las relaciones económicas un régimen de tráfico bajo el cual ampararse. No hay cultura donde las polémicas estéticas no reconocen la necesidad de justificar la obra de arte.

Cuando faltan todas esas cosas no hay cultura; hay, en el sentido más estricto de la palabra, barbarie. Y esto es, no nos hagamos ilusiones, lo que empieza a haber en Europa bajo la progresiva rebelión de las masas. El viajero que llega a un país bárbaro, sabe que en aquel territorio no rigen principios a que quepa recurrir. No hay normas bárbaras propiamente. La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación.

El más y el menos de cultura se mide por la mayor o menor precisión de las normas. Donde hay poca, regulan éstas la vida sólo grosso modo; donde hay mucha, penetran hasta el detalle en el ejercicio de todas las actividades. (4)

Cualquiera puede darse cuenta de que en Europa, desde hace años, han empezado a pasar "cosas raras". Por dar algún ejemplo concreto de estas cosas raras nombraré ciertos movimientos políticos, como el sindicalismo y el fascismo. No se diga que parecen raros simplemente porque son nuevos. El entusiasmo por la innovación es de tal modo ingénito en el europeo, que le ha llevado a producir la historia más inquieta de cuantas se conocen. No se atribuya, pues, lo que estos nuevos hechos tienen de raro a lo que tienen de nuevo, sino a la extrañísima vitola de estas novedades. Bajo las especies de sindicalismo y fascismo aparece por primera vez en Europa un tipo de hombres que no quiere dar razones ni quiere tener razón, sino, sencillamente, se muestra resuelto a imponer sus opiniones. He aquí lo nuevo: el derecho a no tener razón, la razón de la sinrazón. Yo veo en ello la manifestación más palpable del nuevo modo de ser las masas, por haberse resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. En su conducta política se revela la estructura del alma nueva de la manera más cruda y contundente; pero la clave está en el hermetismo intelectual. El hombre medio se encuentra con "ideas" dentro de sí, pero carece de la función de idear. Ni sospecha siquiera cuál es el elemento sutilísimo en que las ideas viven. Quiere opinar, pero no quiere aceptar las condiciones y

(3) Si alguien en su discusión con nosotros, se desinteresa de ajustarse a la verdad, si no tiene la voluntad de ser verídico, es intelectualmente un bárbaro. De hecho, esa es la posición del hombre masa cuando habla, da conferencias o escribe.

(4) La escasez de la cultura intelectual española se manifiesta, no en que se sepa más o menos, sino en la habitual falta de cautela y cuidados para ajustarse a la verdad que suelen mostrar los que hablan y escriben. No, pues, en que se acierte o no—la verdad no está en nuestra mano—, sino en la falta de escrúpulo que lleva a no cumplir los requisitos elementales para acertar. Seguimos siendo el eterno cura de aldea que rebate triunfante al maniqueo, sin haberse ocupado antes de averiguar lo que piensa el maniqueo.

supuestos de todo opinar. De aquí que sus "ideas" no sean efectivamente sino apetitos con palabras, como las romanzas musicales.

Tener una idea es creer que se poseen las razones de ella, y es, por tanto, creer que existe una razón, un orbe de verdades inteligibles. Idear, opinar, es una y misma cosa con apelar a tal instancia, supeditarse a ella, aceptar su Código y su sentencia, creer, por tanto, que la forma superior de la convivencia es el diálogo en que se discuten las razones de nuestras ideas. Pero el hombre-masa se sentiría perdido si aceptase la discusión, e instintivamente repudia la obligación de acatar esa instancia suprema que se halla fuera de él. Por eso, lo "nuevo" es en Europa "acabar con las discusiones", y se detesta toda forma de convivencia que por sí misma implique acatamiento de normas objetivas desde la conversación hasta el Parlamento, pasando por la ciencia. Esto quiere decir que se renuncia a la convivencia de cultura, que es una convivencia bajo normas, y se retrocede a una convivencia bárbara. Se suprimen todos los trámites normales y se va directamente a la imposición de lo que se desea. El hermetismo del alma, que, como hemos visto antes, empuja a la masa para que intervenga en toda la vida pública, la lleva también, inexorablemente, a un procedimiento único de intervención: la acción directa.

El día que se reconstruya la génesis de nuestro tiempo, se advertirá que las primeras notas de su peculiar melodía sonaron en aquellos grupos sindicalistas y realistas franceses de hacia 1900, inventores de la manera y la palabra "acción directa". Perpetuamente el hombre ha acudido a la violencia: unas veces este recurso era simplemente un crimen, y no nos interesa. Pero otras era la violencia el medio a que recurría el que había agotado antes todos los demás para defender la razón y la justicia que creía tener. Será muy lamentable que la condición humana lleve una y otra vez a esta forma de violencia, pero es innegable que ella significa el mayor homenaje a la razón y la justicia. Como que no es tal violencia otra cosa que la razón exasperada. La fuerza era, en efecto, la última ratio. Un poco estúpidamente ha solido entenderse con ironía esta expresión, que declara muy bien el previo rendimiento de la fuerza a las normas racionales. La civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a última ratio. Ahora empezamos a ver esto con sobrada claridad, porque la "acción directa" consiste en invertir el orden y proclamar la violencia como prima ratio, en rigor, como única razón. Es ella la norma que propone la anulación de toda norma, que suprime todo intermediario entre nuestro propósito y su imposición. Es la Carta Magna de la barbarie.

Conviene recordar que en todo tiempo cuando la masa, por uno u otro motivo, ha actuado en la vida pública, lo ha hecho en forma de "acción directa". Fue, pues, siempre el modo de operar natural a las masas. Y corrobora enérgicamente la tesis de este ensayo el hecho patente de que ahora, cuando la intervención directora de las

masas en la vida pública ha pasado de casual e infrecuente a ser lo normal, aparezca la "acción directa" oficialmente como norma reconocida.

Toda la convivencia humana va cayendo bajo este nuevo régimen en que se suprimen las instancias indirectas. En el trato social se suprime la "buena educación". La literatura como "acción directa", se constituye en el insulto. Las relaciones sexuales reducen sus trámites.

¡Trámites, normas, cortesía, usos intermedios, justicia, razón! ¿De qué vino inventar todo esto, crear tanta complicación? Todo ello se resume en la palabra civilización que, al través de la idea de civis, el ciudadano, descubre su propio origen. Se trata con todo ello de hacer posible la ciudad, la comunidad, la convivencia. Por eso, si miramos por dentro cada uno de esos trebejos de la civilización que acabo de enumerar, hallaremos una misma entraña en todos. Todos, en efecto, suponen el deseo radical y progresivo de contar cada persona con las demás. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuenta con los demás. La barbarie es tendencia a la disociación. Y así todas las épocas bárbaras han sido tiempos de desparramamiento humano, pululación de mínimos grupos separados y hostiles.

La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo y es prototipo de la "acción indirecta". El liberalismo es el principio de derecho político, según el cual, el Poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aun a su costa, dejar hueco en el Estado que él impera para que puedan vivir los que ni piensan ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo—conviene hoy recordar esto—es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo, más aún, con el enemigo débil. Era inverosímil que la especie humana hubiese llegado a una cosa tan bonita, tan paradójica, tan elegante, tan acrobática, tan antinatural. Por eso, no debe sorprender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla. Es un ejercicio demasiado difícil y complicado para que se consolide en la tierra.

¡Convivir con el enemigo! ¡Gobernar con la oposición! No empieza a ser ya incomprensible semejante ternura? Nada acusa con mayor claridad la fisonomía del presente como el hecho de que vayan siendo tan pocos los países donde existe la oposición. En casi todos, una masa homogénea pesa sobre el poder público y aplasta, aniquila todo grupo opositor. La masa—¿quién lo diría al ver su aspecto compacto y multitudinario?—no desea la convivencia con lo que no es ella. Odia a muerte lo que no es ella.

Instrucción Reservada del Conde Revillagigedo a su Sucesor

Del recto gobernante, EL VIRREY GUEMES Y PACHECO, CONDE DE REVILLAGIGEDO, traemos ahora estos breves párrafos de su pormenorizada y substanciosa "Instrucción Reservada a su Sucesor". Revillagigedo, como podrá advertirse por la lectura, siquiera sea, de estos renglones, señala en su Informe muchas de las características de las desigualdades que tanto habian de significar —y significan aún— en el tormentoso desenvolverse de nuestra historia.

Por más esfuerzos que he hecho, y recuerdos que he repetido, no me ha sido posible lograr el que se concluya el plan, estado o padrón de la población de estos reinos; pero por varias noticias y convicciones, y por lo que ya haya concluido del padrón, se puede colegir con bastante probabilidad, que la población no pasa de tres millones y medio de almas.

Extendido tan escaso número de habitantes en tan grande terreno, son muy débiles los esfuerzos que se necesitarían reunidos, para que fuesen útiles. Pero aun hay otro principio que los desune y separa más entre sí, y este es la diferencia de castas y división, que entre ellas han sostenido las leyes mismas, privando a las especies de vivir en los pueblos de indios, y conservando por tales medios a éstos en su ignorancia, y a aquellos en su altivez, y el desprecio de las ocupaciones materiales del campo, y casi de todo trabajo corporal, lo cual ha perjudicado no poco a la agricultura.

Al paso que se prohibió en América la entrada de los europeos y personas blancas, que hubieran mejorado de muchos modos la raza de los indios, se han conducido a grande costa, negros que en todos sentidos han afeado y empeorado la casta india, y han sido el origen y principio de tantas castas deformes, como se ven en estos reinos. Ellos ahuyentan también a los europeos del servicio doméstico y de algunos otros ejercicios, porque no es fácil que con las ideas que se tienen en todas partes, de las gentes de semejantes castas, se atrevan a alternar con ellos los que vienen de Europa.

El antiguo sistema de gobierno y de comercio, muy análogos entre sí, impidieron la igual división de los haberes. Los comerciantes, los alcaldes mayores y algunos mineros afortunados, eclesiásticos económicos, solían hacer una fortuna considerable, al paso que el resto de los habitantes de estos dominios, no salían de una pobreza extrema en la mayor parte, o casi el total de sus individuos.

Las fortunas ya indicadas, no permanecerían en el suelo en que se crearon, y por lo regular iban tarde o temprano a consumirse a España, a no ser las que se han invertido en las opulentas fundaciones de conventos, colegios, capellanías, y toda clase de obras pías que abundan en estos reinos.

La diversidad de suertes en extremos tan opuestos, es un obstáculo de la mayor entidad, para es-

tablecer cualquier proyecto de común utilidad, porque no habiendo más que dos clases: a saber, o de muy ricos, o de muy pobres, los primeros no contribuyen a él por falta de voluntad y sobra de medios para resistir las órdenes del jefe: y los segundos, aun cuando tengan los mejores deseos, carecen de posibilidad de ponerlos en ejecución.

* * *

El aseo interior de las casas, no ha adelantado tanto a proporción, como el exterior de las calles, pero no obstante, se advierte y conoce mucha mejora, a la cual habrá contribuido no poco el aseo personal de la clase ínfima de la plebe.

Andaba ésta casi desnuda, contentándose la mayor parte de los individuos de esta clase, con ir envueltos en una manta o sábana, que les servía de traje, de cama y para todos los usos que lo habían de menester.

Para remediar este abandono tan digno de toda atención, pasé orden en marzo de 90, a la Dirección del Tabaco y superintendente de Casa de Moneda, para que dispusiesen que se vistiesen los operarios de ambas casas; descontándoles para ello alguna parte de su jornal.

Ofreció dificultades este método en la Dirección del Tabaco, y habiéndomelas representado y propuesto como más fácil, el que se les diese el término de cuatro meses para que pudiesen vestirse del modo que proponían, conviene en ello, y en 28 de abril de 90, libré orden para que fijasen en la puerta de la fábrica carteles, en cada una de las oficinas de los hombres, haciéndoles saber que pasado el término, no serían admitidos a trabajar, como no fuesen vestidos.

Con esto se consiguió vestir en corto tiempo como diez mil personas, que estimularon con su ejemplo a otras a que hicieran lo mismo. Prohibióse también a los desnudos la entrada en las funciones públicas, en los paseos y en la iglesia catedral en los días solemnes, con la cual, y otras providencias semejantes, como fue la de encargar que en las obras públicas no se admitiesen, sino a los operarios que estuviesen vestidos, se ha logrado ya desterrar la desnudez en la mayor parte de esta capital, y a imitación se asegura, que en otros pueblos del reino ha sucedido lo mismo como era regular, y aun casi preciso, pues todos ellos siguen el ejemplo de la capital.

El Curso Natural de las Revoluciones

Por el Doctor JOSE MARIA LUIS MORA

Precursor interesantísimo de la Reforma e ideólogo del núcleo de más avanzada ejecutoria en la política de la primera mitad de la centuria pasada, el DOCTOR MORA es, según el decir del Maestro Sierra, el pensador político más eminente de su siglo, en México. De sus llamadas "Obras Sueltas", seccionamos estas breves consideraciones cuyo tono, nada más, delata la antigüedad de su fábrica, puesto que todos y cada uno de sus juicios, parecen reclamar actualidad y significa-

ción en la definición de los problemas mismos del país.

Creemos hacer un servicio importante a nuestra República, si damos una idea del curso natural de las revoluciones, fijando el carácter y principios generales comunes a todas ellas, e indicando sus resultados prósperos o adversos, para que teniéndolos a la vista los mexicanos, sepan procurarse los bienes que pueden producir, y precaver supuestos ciertos principios los males que en ellas son inevitables.

Los movimientos que agitan a los pueblos pueden ser de dos maneras. Unos son producidos por una causa directa de que resulta un efecto inmediato. Preséntase una circunstancia que hace desear a una nación entera, o a alguna porción de ella un objeto determinado; la empresa se logra o queda frustrada, y en ambos casos se vuelve a un Estado tranquilo. Los *decemviro*s oprimían a Roma con su tiranía: El Parlamento de Inglaterra desespera de ver a la Nación dichosa bajo el dominio de los *Stuarts*, y cambia la dinastía. Las colonias inglesas de América se hallan oprimidas por el fisco de su metrópoli, y las españolas por el sistema prohibitivo y una opresión calculada, unas y otras hacen un esfuerzo, se declaran independientes y sacuden el yugo bajo el cual estaban encorvadas. Estas son las revoluciones felices: se sabe lo que se quiere, todos se dirigen a un objeto conocido, y logrado que sea, todo vuelve a quedar en reposo.

Pero hay otras revoluciones que dependen de un movimiento general en el espíritu de las naciones. Por el giro que toman las opiniones, los hombres llegan a cansarse de ser lo que son, el orden actual les incomoda bajo todos aspectos, y los ánimos se ven poseídos de un ardor y actividad extraordinarios: cada cual se siente disgustado del puesto en que se halla, todos quieren mudar de situación; mas ninguno sabe a punto fijo lo que desea, y todo se reduce a descontento e inquietud.

Tales son los síntomas de estas largas crisis a que no se puede asignar causa precisa y directa; de estas crisis que parecen ser el resultado de mil circunstancias simultáneas sin serlo de ninguna en particular; que producen un incendio general porque todo se halla dispuesto a que prenda el fuego; que no contienen en sí ningún principio saludable que pueda contener o dirigir sus progresos; y que serían una cadena eterna de desgracias, de revoluciones y de crímenes, si la casualidad, y aún más que ella el cansancio no les pusiese término. Tal fue la convulsión que condujo a Roma del gobierno republicano al dominio de los emperadores, por medio de las proscripciones y guerras civiles. Tales fueron las largas agitaciones que sufrió la Europa al tiempo de la reforma de Lutero, período sangriento que fue el tránsito de las costumbres y constituciones antiguas a un orden del todo nuevo. Estas son las épocas críticas del espíritu humano que provienen de que ha perdido su asiento habitual, y de las cuales nunca sale sin haber mudado totalmente de carácter y de fisonomía.

La revolución francesa especialmente, ha presentado un carácter de esta clase, y como todas,

ha sido producida por causas universales y necesarias. Todas las circunstancias de que parece ser resultado, estaban enlazadas unas con otras, y sólo de su enlace y unión recibieron toda su fuerza. Mas, quien podrá persuadirse que cuando los efectos son portentosos, la causa pueda ni deba considerarse pequeña. Cuando se ve que al quitarse una pequeña piedra viene a tierra todo un edificio, ¿podrá nadie dudar que estaba el todo ruinoso? No son necesarias explicaciones forzadas para concebir claramente esta idea. ¿Dígame si no cuál puede ser la causa de las conmociones a que todas las naciones han estado sujetas, cuando se han hallado en una situación semejante?

Una impaciencia tanto más violenta en sus ataques cuanto es más vaga en sus deseos, es la que produce el primer sacudimiento. Todos se entregan libremente a esta sensación sin reserva ni remordimiento. Se imaginan que la civilización, previa siempre a un estado semejante, amortiguará todas las pasiones suavizando los caracteres; se persuaden que la moral se hace tan fácil en la práctica, y que el equilibrio del orden social está tan bien sentado que nada podrá destruirlo: se olvidan de que jamás se podrá impunemente poner en fermentación los intereses y opiniones de la multitud. La calma y los hábitos de subordinación robustecidos por el tiempo, ahogan en el corazón humano ese egoísmo activo, y ese ardor inmoderado que toma vuelo al punto que cada cual se ve obligado a defender por sí sus intereses, efecto necesario cuando el desorden de la sociedad poniéndolos en problema deja de protegerlos y prestarles apoyo por reglas fijas, destruidas las cuales, aparecerá el hombre en su natural ferocidad: entonces la suavidad social cederá su lugar al vicio y a los delitos, y el hombre antes moral por la sumisión al orden establecido, recobrará toda la violencia de su carácter primitivo al dar el primer paso en la carrera del desorden.

Otra de las causas que dan pábulo a la anarquía, es la imprudencia con que se adoptan todo género de opiniones, sobre variaciones continuas y sucesivas de gobierno, y la seguridad con que se les presta ascenso. Como los tiempos que preceden a semejantes catástrofes han sido pacíficos y uniformes, las ideas y los sistemas han corrido libremente sin que haya podido oponérseles nada que los desmienta o los haga sospechosos: la falta pues de experiencia pone en posesión a estas teorías abstractas de una confianza sin límites. De aquí resulta, que a la llegada de la tormenta, cada uno ve comprobada por instantes, la debilidad y flaqueza de sus discursos, por no haber contado con acontecimientos nuevos e imprevisos, cuya falta, habiéndolo hecho errar acerca de los hombres y de las cosas, le trae diariamente por una luz repentina amargos y fatales desencuentros: entonces es cuando ese atrevimiento en opinar empieza a debilitarse, el temor de engañarse se aumenta y cesa la confianza con que antes se aventuraba todo sobre las frágiles seguridades de la razón humana.

Mas antes de que vengan estos saludables desencuentros, es necesario pasar por toda la serie de

calamidades que trae consigo el *idealismo*, porque ni prudencia ni moderación puede esperarse, aun de los hombres más honrados y sabios. La idea de una renovación completa los lisonjea lejos de arredrarlos: el proyecto les parece fácil, y feliz y seguro el resultado: lanzarse a él sin aprensión ni cuidado, y no contentos con modificar el orden existente, ansian por crear uno enteramente nuevo. Esto hace que en poco tiempo la destrucción sea total, y nada escape al ardor de demoler. A nadie se ocurre que el trastornar las leyes y hábitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles y reducirlo a sus primeros principios disolviéndole hasta sus últimos elementos, es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresión. Para que pueda combatirla es necesario que halle ciertos puntos de apoyo, ciertos estandartes a qué reunirse, y ciertos centros de agregación. Si se le priva pues de todo esto, queda reducido a polvo, y entregado indefenso a todas las tiranías revolucionarias.

Tales son los inconvenientes de toda revolución emprendida sin objeto decidido y determinado y sólo por satisfacer un sentimiento vago. Cuando los hombres piden a gritos descompasados la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra, no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo, trastornando cuanto puede contenerlo.

Los primeros autores de esta destrucción se hallan en su mayor parte inspirados por deseos puros y benéficos: así es que cuando se extravían de ilusión en ilusión, ofrecen un título de gloria a su patria, presentando un grande y sublime espectáculo de luces y virtudes. Una reunión de hombres de esta clase en todos los puntos del territorio, obran como de concierto, por la conformidad de sus ideas, para promover los intereses más preciosos de la patria y la humanidad. Se llenan todos del ardor más notable, empeñan en su empresa todas las fuerzas de su alma, y casi todos están prontos a sacrificar a la patria sus intereses personales, sin otra excepción que la de su fama. Como los resultados por lo común no son felices, sus trabajos aparecen vanos y algunas veces insensatos: aquel ardor por establecer principios descuidando de su aplicación y práctica, es muchas veces pueril; y los que han recibido las lecciones de la experiencia después de una revolución, se ven no pocas veces tentados a despreciar a sus inmediatos antecesores, como ellos lo habían hecho con los que les precedieron. Esta propensión es, sin embargo, injusta, pues nadie debe desconocer que es muy fácil juzgar después de los acontecimientos.

Imagínese cada cual trasportado a aquella época que suponemos ha empezado a desaparecer, en que las almas llenas de vigor y de energía necesitaban ocupación y movimientos, en que su ardor apenas hallaba campo suficiente en el espacio que las rodeaba, y en que sus facultades ansiaban por ejercer en toda su plenitud la fuerza de que se hallaban animadas; si se atiende a todo esto con reflexión, no podrá menos de

reconocerse, que semejantes disposiciones son muy expuestas a errores, ni de confesarse que no por eso se debe tener en menos la fuerza y vigor intelectual de los que se han hallado en semejante período. Las primeras chispas de una revolución política, y los primeros pasos de la regeneración social, dan siempre a conocer grandes talentos que se hacen notables por la brillantez y fuerza de su elocuencia, lo mismo que por la firmeza de su carácter. Vuélvanse los ojos a Francia, España y las nuevas repúblicas de América: en todas se encontrarán los defectos de la literatura y filosofía del siglo XVIII; se notará un tono declamatorio, se echará menos cierta sencillez, y aún se advertirán sutilezas poco fundadas; pero jamás podrá dejar de mirarse ni reconocerse la valentía de la elocuencia en la tribuna, la profundidad de la filosofía y la decisión resuelta que se despliega en el ataque y la defensa.

Hasta aquí la primera época de una revolución; se han empezado a sentir ciertos males, más aún no se perciben todos. Insensiblemente va cambiando la escena; el movimiento se comunica de unos en otros; y todos quieren ya tomar parte en los negocios públicos. Pronto se presentan en la escena hombres de un carácter nuevo, por la mayor parte educados en una clase inferior, y no acostumbrados a vivir en aquella especie de sociedad que suaviza el carácter y disminuye la violencia natural de la vanidad, civilizándola constante y moderadamente. Esta clase de hombres envidiosos y encarnizados contra todo género de distinción que da superioridad, y a la cual llaman *aristocracia*, apechugan con las doctrinas y teorías más exageradas, tomando a la letra y sin las modificaciones sociales cuanto ciertos libros dicen sobre *libertad e igualdad*. Con estos nombres honrosos, cubren sus miras personales que acaso ellos mismos todavía no conocen claramente. Unos llenos de Rousseau, que mal entienden, beben en sus obras el odio a cuanto es superior a ellos; otros adquieren en Mably la admiración de las repúblicas antiguas, y pretenden reproducir sus formas entre nosotros, a pesar de la inmensa distancia de tiempo y diferencia de lugares, hábitos y costumbres; éstos, quitando a Raynal, la tea que encendió para reducir con ella a pavezas todas las instituciones, la aplican indiscretamente a su patria y producen una conflagración universal: aquéllos dignos discípulos del fanático Diderot, braman de cólera sólo de oír el nombre de sacerdotes, religión y culto; otros, finalmente, tratan de ensayar fría y tranquilamente sus mal fundadas teorías, y frenéticos de orgullo, nada, ni aún las más desastrosas revoluciones los detienen para ponerlas en práctica a cualquier costa.

Tal es la segunda clase de hombres que toma una parte muy activa en el segundo período de revolución: su perversidad no está del todo fija ni decidida: sus errores son aún todavía en alguna manera disculpables porque tienen mucho de ceguera, y esto hace que no recojan fruto alguno del mal que causan, y que lo paguen bien pronto. Muchos de los que pertenecen a este período re-

volucionario, se hallan por lo general dotados de grandes talentos que hacen brillar bien pronto, especialmente cuando para defenderse tienen que recurrir a la elocuencia, después que esta prenda ha servido de instrumento para atacarlo y destruirlo todo. En estas circunstancias su lenguaje tiene mucha dignidad, bastante verdad y ternura.

Cuando este partido, en el cual no faltan hombres de honradez y buena fe, queda aniquilado, entonces las revoluciones de los pueblos dejan de ser objeto de la historia de las opiniones humanas, y pertenecen solo a la de las pasiones e intereses personales. La máscara con que se cubren los que entonces se apoderan de la sociedad es tan grosera y visible, que a nadie puede engañar, y los más de los que la usan casi no disimulan sus intentos. Sus bajas y viles acciones no tienen en su disculpa ni la excusa del entusiasmo, ni la de la embriaguez mental.

En medio de los crímenes y calamidades públicas, la moralidad no puede tener sino un influjo demasiado precario. Es, sin embargo, digna de notarse una circunstancia que parece ser peculiar de los tiempos civilizados, y es que ninguna facción por bárbara que se suponga, desconoce la necesidad de cubrir sus decretos con un barniz de razón y de argumentos. El más fuerte se empeña siempre en probar que la fuerza no es su sola razón. Todos cuantos dominan en esta época de calamidad, invocan a su favor el sofisma y la declamación; las facultades mentales se ocupan de esto constantemente, y nada dejan sin defender, nada sin alabar. Hállanse filósofos complacientes que disculpan las matanzas, y amigos de la libertad que elogian el poder arbitrario. La poesía no se desdía de prestar sus acentos para celebrar los más crueles excesos y las más tristes desgracias, y usando de un entusiasmo ficticio sabe cantar en medio de lágrimas y sangre. Nada existe ya de literatura ni artes que sean bastantes a suavizar la barbarie de tan desastrosa época. El lenguaje no puede tener persuasión ni fecundidad en tales momentos. El arte no sabe dar efectos permanentes a una elocuencia hipócrita: y aún cuando por una ceguera fatal pueda la imaginación adquirir un cierto grado de calor y de pasión verdadera, sólo puede presentarse a los ojos del sabio y del moderado, como la exaltación de la embriaguez, objeto a un tiempo de compasión y repugnancia.

Cuando las cosas han llegado a este punto, y los hombres se han cansado de sufrir, se aprovecha una circunstancia favorable para verificar un cambio, y entonces se va gradualmente volviendo atrás por la misma escala, aunque por un orden inverso: dichoso el pueblo que no vuelve hasta el punto de donde partió, pues entonces, sin mejorar en nada, como sucedió en España a la caída de las últimas Cortes, ha tenido que pasar por todos los horrores de una revolución. Pero no es esto lo común, sino el quedar en el medio como el péndulo, al cabo de oscilaciones más o menos violentas: entonces es terminada la revolución, se reportan sus frutos, y sus excesos son una lección práctica para evitarlos en lo sucesivo.